

Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América

Timothy Matovina

Para nada me sorprende que la celebración anual de Nuestra Señora de Guadalupe sea tan popular en la Universidad de Notre Dame. Nuestros estudiantes latinos, facultad y alumnos aportan a la comunidad del campus donde enseñó su profunda reverencia por la Guadalupana. Pero cada Doce de diciembre, en la Basílica del Sagrado Corazón, me topo con caras que no son latinas. Muchos de los estudiantes en cursos de teología y espiritualidad latinas, apenas si han oído hablar de Guadalupe antes de haber llegado a Notre Dame. Sin embargo, ellos se unen al resto cantando, celebrando y en la procesión a la capilla de Nuestra Señora al término de la Eucaristía para presentarle las tradicionales rosas y conmemorar su día.

El crecimiento de la devoción a la Guadalupana no es exclusivo de Notre Dame. Los fieles de Guadalupe han estado aumentando desde hace cinco siglos. Su basílica en México, D. F., es la más visitada del continente americano. Después de la imagen de Jesús de Nazaret, la suya es el icono sacro más reproducido en América. Considerada siempre como símbolo nacional de México, en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*, el papa Juan Pablo II la aclamó como “Madre y evangelizadora de América”, es decir, desde Tierra del Fuego hasta las tierras más septentrionales de Canadá. A petición unánime de los obispos católicos del continente, también decretó que su fiesta “fuera celebrada en todo el continente”.

¿Cómo es que Nuestra Señora de Guadalupe atrae tanta variedad de devotos entre sus hijas e hijos? ¿Cuál es su poder?

Una respuesta es la tradición de sus apariciones en 1531 al indígena y neófito Juan Diego, a quien el papa Juan Pablo II canonizó en 2002. Los devotos guadalupanos han transmitido esa preciosa narración a sus hijos. Ellos aprecian lo poético del náhuatl, la lengua del *Nican Mopohua*, en donde se cuenta cómo Guadalupe envió a Juan Diego la solicitud de que Juan de Zumárraga, el primer obispo de México, le construyera



un templo sobre la colina del Tepeyac. Al principio el obispo dudó del origen celestial de la petición, pero se convenció cuando Juan Diego, al soltar de su *ayate* la carga de rosas de castilla, dejó manifiesta la imagen de Guadalupe, milagrosamente impresa allí, sobre su rústica prenda. De distintas maneras, Guadalupe proveyó a Juan Diego con esperanza y consuelo, particularmente al curar a su tío, Juan Bernardino.

Muchos devotos vibran con el encuentro entre Guadalupe y Juan Diego; encuentro representado frecuentemente en las celebraciones litúrgicas de su fiesta. Las personas que han experimentado el dolor de ser rechazadas, en Guadalupe hallan esperanza, porque ella eligió a alguien insignificante pero con una fe inquebrantable, Juan Diego, a quien reivindicó al final de cuentas. Esas personas pueden confesar la verdad de la narración de Guadalupe; en ella se mani-

fiesta la profunda verdad de su dignidad humana y queda desnuda la mentira de la opresión que mina la valía más fundamental de la persona.

El fiel de Guadalupe también contempla extasiado su belleza, especialmente su rostro y ojos compasivos. Para muchos devotos, el corazón de la experiencia de Guadalupe es el de Juan Diego. En conversaciones inacabables, oraciones y miradas fijas en su imagen, los fieles recrean el encuentro místico de Juan Diego con Guadalupe. Contemplando el rostro celestial de su madre, ellos no olvidan todas las dificultades de su vida diaria. Pero su belleza y amor incondicional los transforma, los capacita para confrontar las duras realidades con seguridad y con la confianza de que ningún poder humano puede aplastar los designios del amor de Dios.

Guadalupe es nuestra madre. A lo largo y ancho de las Américas, todos los que participamos en su devoción y celebramos su fiesta, nos dejamos envolver en la compasión de Dios que en Guadalupe y siglos atrás, experimentó ya san Juan Diego.